INCONSECUENCIA .

INCONSECUENCIA

Mucho antes de saber lo que era casarse, y aun antes de hablar claro del todo, ya decía yo que me había de casar con mi prima Rosa.

—¿Con quién te has de casar, Juanín? me preguntaba casi todos los días la tía Feliciana, la mujer del vaquero, sabedora de mis aficiones.

—Ton Dosina,—la respondía yo invariablemente.

Tras de lo cual, aquella pobre mujer, que era nuestra vecina más próxima, me daba tres ó cuatro besos y otras tantas manzanas del monte, y yo me marchaba muy contento á enredar con los otros niños, para volver al día siguiente á oir la misma pregunta y á recibir los mismos besos y las mismas

manzanas... digo, las mismas no, pero otras iguales, en pago de la misma respuesta.

Ya he dicho que yo no sabía lo que era casarse; pero veía que los que estaban casados, como mi padre y mi madre, sin ir más lejos, vivían en la misma casa, comían juntos, iban juntos á misa y al rosario...; y como á mí me gustaba tanto ir con Rosina á todas partes y comer con ella en su casa ó que ella comiera conmigo en la mía, y como siempre me costaba un lloro salir de casa de mi tía Inés, la madre de Rosina, cuando la criada de mi casa iba al oscurecer á buscarme, y otro lloro ver marchar á Rosina cuando la criada de mi tía iba á mi casa á buscarla á ella, discurría yo que lo mejor sería casarnos para no tener que separarnos nunca.

Rosa tenía dos años más que yo; de modo que, teniendo yo de cinco á seis cuando sucedía lo que voy contando, ella tenía de siete á ocho, y era una niña despabilada y algo más seria de lo que pedía su edad, sin dejar por eso de ser afable y cariñosa.

En nuestros entretenimientos infantiles, en vez de imponerme su gusto y hacerse obedecer prevalida de su superioridad moral y física, acataba de ordinario sin réplica mis disposiciones; y si alguna vez las ponía reparos, como yo insistiera, también transigía casi siempre con mi voluntad imperiosa y voluble.

Cambiarme sus juguetes por los míos cuando á mí me gustaban más los suyos, sin perjuicio de descambiarlos cuando ya me gustaban menos; dejar á lo mejor el juego comenzado para empezar otro, porque á mí se me antojaba; desvestir una moña y tener el trabajo de volver á vestirla, porque yo me empeñaba en saber lo que tenía dentro, eran cosas que hacía mi prima con harta frecuencia sin manifestar el menor disgusto.

No era esto en ella docilidad natural ni blandura de carácter, sino reflexión y talento, advertencia clara de que yo, como más niño, era menos capaz de atender á razones. Pero, de todos modos, yo la agradecía aquella amabilidad y se la pagaba con un cariño entrañable, que siempre fué creciendo.

La quería mucho. Todo lo bueno lo codiciaba yo para Rosa, y sentía en el alma, como si fueran mías, sus contrariedades y mortificaciones. En cuanto su madre la reprendía delante de mí con algo de severidad, porque se la olvidaba hacer un menguado en la media, ó porque dejaba caer muchas veces el huso, ya se me estaban á mí saltando las lágrimas.

Cuando, algo mayores, jugábamos en

las eras con los otros rapaces al Gaviluche. 6 & Cocer made jas, 6 & Mariguita-baila; 6 á Las cuatro esquinas, ó á Cierros, ó al Picalbo, me entristecía que perdiera Rosa, y no podía sufrir que la durara un oficio penoso ó desairado. Si jugando á Las cuatro esquinas la tocaba estar en medio y no cogía sitio á las dos ó tres primeras mudanzas, abandonaba yo el mío, tratando de mudarme fuera de sazón, para que le ocupara ella y no fuera objeto de la risa del corro. Si jugando á Cierros ó á la Gallina ciega, que viene á ser lo mismo, la tocaba vendarse, por no verla yo andar á tientas y llevar palmadas en las espaldas, me ponía delante de ella como al descuido, pero en realidad adrede, para dejarme coger y ocupar su puesto.

Algunas veces lo conocían los otros, y

me decian:

-Te cogió porque tú quisiste.

-¡Sí, lo que es eso! ¡Porque yo quise! ¡Buena verdad!—contestaba yo disculpándome como podía.--Me cogió porque me descuidé, y cuando quise escapar, ya esta-

ba preso.

Me acuerdo que una vez, jugando al Picalbo, pequeño trípode rústico que varios jugadores procuran afanosos derribar tirándole palos desde lejos, y otro, el picalbero, procura mantener en pie, y cuando coge ó cepa dentro de su terreno á alguno de los tiradores que van á recobrar sus palos para tirar de nuevo, le traspasa el oficio, véndose él á tirar con los otros; jugando una vez al Picalbo, y siendo Rosa la encargada de pinarle, detuve maliciosamente en el terreno coto á una rapazona de las mayores para que Rosa la pudiera cepar, con lo cual aquella grandullona se enojó y no quiso seguir jugando.

-¡No vale, no vale!-decía muy irritada; -que me cepó porque me detuvo Juan. que si no, no me cepaba... y no quiero ju-

gar para eso.

-Anda, niña, coge el cepo; ¿qué más te

da?—la decían las otras.

-No quiero, hijas, no quiero ni me da la gana, -contestaba ella; -para andar en trampas no quiero... Porque Juan y Rosa

se ayudan... Como son novios...

Rosa se puso al oir esto muy encarnada. y yo me debí de poner mucho más, porque me acuerdo que me entró un calor por las orejas ...

Un año, cuando ya tenía yo nueve lo menos, el último domingo de Abril, me dijo Silvano al salir de misa:

-¿Quieres venir á nidos al soto?

-No sé si me dejará mi madre, -le contesté.

-No se lo digas. De camino cogeremos violetas...

—Sí, hombre; decir, sí se lo tengo que decir. ¿No ves que si no después lo tengo que confesar y es peor?...

-Bueno, pues díselo, corre.

Pedí licencia y afortunadamente la obtuve bastante amplia, sin más cortapisas que la de volver á tiempo á comer y la de no arrimarnos á la orilla del río, que venía crecido porque se estaba deshaciendo la nieve en los puertos.

Echamos á andar á la Cañada abajo, y no habríamos andado trescientos pasos cuando nos alcanzaron otros dos rapaces, Simón y Faustino. Por señas que este último llevaba unos zapatos nuevos, y corría levantando mucho los pies para enseñarlos.

-¿Vais á nidos?—nos preguntaron. -Sí,—les contestó mi compañero.

—Pues nosotros también. —¡Sabéis ya alguno?

-No, no hemos venido ningún día hasta ahora.

Antes de llegar al soto nos entretuvimos efectivamente cogiendo violetas bajo los espinos de la cerradura de las Entimas. Al principio no me atrevía yo á meterme por entre la sebe, porque tenía miedo á las culebras; pero luego, al ver cómo se metían los otros sin cuidado alguno, y eso que Silvano y Simón iban descalzos de pie y pierna, me fuí determinando y cogí violetas como ellos, hasta reunir una buena manada, que até con una monda de salguera gatuña, con ánimo de regalárselas á mi prima.

-Estas se las podemos llevar al señor boticario-dijo Simón,-que las compra

para hacer cocimientos.

—Yo no—dijo Faustino;—yo las mías se las llevo á mi madre que las echa al sol, y, después que se desmostean, las guarda en un bote de hojalata para cuando alguno está constipado.

Yo callé; mas para mis adentros reiteré

el propósito de dárselas á Rosa en cuanto volviéramos.

Entramos en el soto, y Silvano, que era el mayor y el más inteligente en buscar nidos, iba dando varadas en las salgueras y en los andrinales, encargándonos al mismo tiempo:

—Si veis salir alguna pájara según yo vareo, avisadme, porque entonces es cuando hay que mirar bien por abajo á ver si encontramos el nido.

Corrimos por caminos y veredas; cruzamos espinadales y brosquiles, todo inútilmente, y llegamos á una campera grande que se llama el Arca del Soto, sin duda por haber habido allí antiguamente algún mojón divisorio de términos.

El que más y el que menos desconfiaba

ya del éxito de la jornada.

Yo me acerqué á una marnia á cortar unos ramos de nabiello florido con sus hermosas flores azules, cuando oí una voz que me decía:

-No cojas esas flores, rapacín, que son venenosas.

Volví la cabeza hacia donde había sonado la voz, y ví á una mujer forastera que estaba sentada á la sombra de un majuelar mondando mimbres para hacer cestos.

—¡Qué han de ser venenosas!—la dije yo. —Sí, hijo, sí—insistió la mujer.—Es muy venenoso ese hierbato... Como que he visto yo morirse las cabras por comer una sola hoja. ¿No has oído decir: «Tú que coges el berro, guárdate del nabiello?» Pues eso es nabiello (¹); y si andas con las flores y las estrujas y después llevas los dedos á la boca, te mueres. Con que así...

Yo me quedé parado, agradeciendo interiormente á la pobre mujer su advertencia, mientras que el mayor de mis compañeros, encarándose con ella, la dijo:

—¿Y para qué viene usted por mimbres al nuestro soto?...

-¡Ay, hijo! porque me hacen falta, y á vosotros para nada os sirven,—le dijo ella.

-—Ahora lo que habíamos de hacer—continuó Silvano,—era quitárselas, mondadas y todo, y además llevarla la prenda.

—Anda, que bien te ha de gustar después tener un buen cesto para coger arándanos, y luego bellotas...

—También se le cobrará usted á mi madre bien caro.

-Eso sí, hijo, sí; todo lo que pueda...

—¡Chachos! ¡Chachos!—gritó muy apurado Simón, que no había tomado parte en el espellique con la cestera.—Venid acá, que de entre este barrosinal salió ahora mismo una pajarina de siete colores.

Todos acudimos á la voz de Simón, poniéndonos á registrar con cuidado, no solamente el espino que él señalaba, sino también las salgueras y cerezuelas más próximas, y á los dos minutos exclamé yo, más alborozado que el que dió el grito de ¡Tierra! desde la carabela Pinta:—¡Miradle! señalando con el dedo hacia donde acababa de ver el nido.

En seguida fuí á echarle el guante; pero me detuve, porque dijo Silvano que si le tocábamos le aborrecía la pájara, y nos hubimos de contentar con ir asomando unos tras
de otros la cabeza por entre las ramas para
ver lo que contenía, no sin sacar en las
orejas algún rasguño.

El nido tenía cuatro huevos.

Para calcular lo que tardaría en tener pájaros, era necesario saber si la pájara estaba ya apollando ó estaba poniendo todavía.

—Vamos á escondernos y acecharla un poco—dijo Silvano,—porque, si está apollando, vuelve al instante.

Nos escondimos efectivamente, y al poco rato vimos á la pájara que, dando saltitos y vuelos cortos, como para cerciorarse de si había desaparecido el peligro, acabó por meterse en el nido confiada y tranquila.

—Está apollando—dijo Silvano con tono de gran seguridad:—puede ser que de hoy en ocho días ya tenga pájaros.

⁽¹⁾ Acónito, aconitum napellus ...

Con tan dulce y halagüeña esperanza emprendimos la vuelta.

Llegamos á la villa antes de mediodía, y después de comprometernos formalmente y obligarnos poco menos que con juramento á no decir á nadie lo del nido, no fuera que algún otro rapaz llegara á saberlo y nos le cogiera, nos despedimos para irnos cada uno á nuestra casa.

Yo, sin embargo, no fuí á la mía, sino á la de mi tía Inés, á llevar á Rosa el ramo de violetas y á decirla al oído, encargándo-la mucho, eso si, que no se lo dijera á nadie, cómo habíamos visto en el soto un nido de siete colores con cuatro huevines.

Rosa preguntó en seguida á su madre cómo eran los pájaros de siete colores, y ella la dijo que eran unos pájaros muy hermosos que cantaban muy bien, y que en otras partes les llamaban jilgueros. La volví yo á hablar al oído diciéndola que así era la pájara que habíamos visto salir del nido y volver á entrar, muy hermosa, y que cuando el nido tuviera pájaros se los trae-

ría para ella.

Preguntó ella entonces á su madre cuántos días tardaban en salir los pájaros de los huevos, y no recuerdo los que la dijo... Lo que recuerdo es que, á pesar de la reserva que quería guardar, y á pesar del cuidado que tuve de dar á Rosa la noticia en voz baja, con la falta de disimulo de ella al hacer las preguntas, todos se enteraron de que yo había visto en el soto un nido de

jilgueros.

Aquella semana se me hizo un año. El lunes y el martes y todos los demás días hasta el sábado inclusive, mis compañeros de descubrimiento y yo cambiábamos en la escuela á cada instante miradas de inteligencia que querían decir:—«¡Aquél bien nuestro es!» (refiriéndonos al nido). «¡Y qué ajenos están de ello estos infelices!» (pensando en los otros muchachos). Tan pronto como salimos de misa el domingo, y Dios nos perdone el haberla oído con poca devoción, echamos á andar los cuatro asociados para el soto.

En el camino se nos quisieron agregar otros dos rapaces, y ¡qué apuros para ver de deshacernos de ellos!... Viendo que no daba resultado ninguna de las estratagemas que sucesivamente se nos ocurrían para justificar nuestra separación, tuvimos que decir que ya no íbamos al soto, que nos volvíamos para casa, porque Faustino tenía que llevar la comida á sus hermanos, que estaban guardando la vecera de los corderos, y le estaría ya esperando su madre, y Simón se acordaba en aquel momento de que su padre le había mandado volver desde misa derecho á casa... En fin, que todos cuatro teníamos que volvernos... y empezamos á deshacer las pisadas con verdadera angustia.

¿Renunciábamos á enterarnos del estado del nido, á averiguar si tenía ya pájaros ó no, después de haber estado esperando al domingo con tanto afán toda la semana? Esto era atroz... pero era preferible á lo otro: á que los dos advenedizos, que eran Perieuco y su primo el Pavarro, vieran el nido y quisieran tener parte en él, si es que no determinaban quitárnosle á traición, lo cual era peor todavía... No había más remedio

que volvernos.

Los dos recién llegados, cuando nos vieron poner en práctica nuestra rara y algo misteriosa resolución, nos dejaron y se fueron hacia el soto. Al verlos alejarse y desaparecer entre las primeras filas de salgueras, dijo Simón que ya no había motivo

para dejar de ir á ver el nido; que lo que debíamos hacer era entrar en el soto por la orilla de los prados, y luego por un sendero muy escondido que sabía él, podíamos llegar á donde estaba el nido sin encontrarnos con los otros.

Aprobado por unanimidad el proyecto, le pusimos en práctica y le llevamos á cabo con felicidad completa. Llegamos cerca del nido y oimos en seguida débiles chillidos de pájaros pequeños.

-¿No os lo dije yo el otro día?-exclamó Silvano con aire de triunfo.-Ya han salido los pájaros, y chillan porque su madre se habrá marchado al sentirnos.

Nos acercamos unos después de otros como el primer día á ver el nido, y vimos que tenía cuatro pajarines en carnes. Después nos escondimos á ver si volvía la pájara, que en efecto volvió al poco rato, trayendo un gusano en el pico y una moruca entre las uñas. Cuando la sintieron sus hijos comenzaron á chillar, no ya como antes, sino desaforadamente, sacando las cabezas por cima del nido y abriendo unas bocas descomunales para que la madre les dejara caer en ellas el cebo.

-¿Los podremos coger el domingo que

viene?-pregunté yo.

—No, todavía no—me contestó Silvano:—de hoy en ocho días todavía estarán en cañones: el otro domingo de más allá será cuando estarán del todo emplumecidos.

Pasaron las dos semanas, porque todo pasa en el mundo. Simón y yo hicimos con mucha reserva otra visita al nido el domingo intermedio, y vimos que los pájaros estaban ya á medio emplumecer, entrándonos un poco de temor de que volaran antes del domingo siguiente; pero Silvano, á quien manifestamos este temor al darle noticia de la visita, nos tranquilizó diciéndonos que no volaban tan pronto y que no tuviéramos cuidado.

UNIVERSIDAD DE MUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" "ndo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Mas también los inteligentes se equivocan.

Lo digo porque cuando llegamos el tercer domingo de Mayo al Arca del Soto, los pájaros, aunque no habían volado todavía, estaban ya en disposición de volar, y volaron en cuanto Faustino, que iba el delantero, echó mano al nido para sacarle de entre las ramas.

No pudieron sostener el vuelo, es verdad, y bien pronto se dejaron caer: les faltaban ensayos y fuerzas; mas para el caso era lo mismo, porque se escondieron entre unos espinos, ¿y quién los veía, ni quién los sacaba?...

Por fortuna, mientras lamentábamos consternados el triste suceso, llegó la pajarita, y, alarmada al encontrarse sin nido, comenzó á dar gritos de dolor y á piar reclamando á sus hijuelos.

Conocieron ellos la voz de su madre y empezaron á salir de sus escondites; pero salían de uno para entrar en otro, y sin dejarse ver apenas, se iban corriendo hacia donde ella, alejándose de nosotros, los llamaba.

Al fin uno de ellos, al salir de entre una escoba, se quedó parado un momento en la campera, como haciendo oído, y Silvano, con gran agilidad, logró ponerle la gorra encima.

-Este ya no se va, dijo muy contento cuando, habiendo metido con cuidado los dedos por debajo de la gorra, le tuvo cogido por una pata.

Pero en cambio á los otros tres no los volvimos á ver más. Creíamos tener un pájaro cada uno, y no teníamos más que uno entre los cuatro.

¿Para quién iba á ser? Había que echar suertes.

Simón arrancó una paja, y cortándola con las uñas, hizo de ella cuatro porciones desiguales; se volvió de espaldas para que no viéramos la maniobra, y luego nos presentó una mano cerrada, dejando asomar por entre los dedos pulgar é índice las cuatro pajitas, y nos dijo:

-El que saque la larga le lleva.

Cada uno de los tres fuimos tirando sucesivamente de una paja, dejándole la cuarta para él, y luego... ¡qué emoción al ir á medirlas!...

Resultó la más larga la de Silvano, quien al verlo, y como quiera que ya antes de las suertes se creía con más derecho al pájaro por ser el que le había cogido, dijo muy orgulloso:

-La ley de Dios no quiere trampas.

Yo me puse triste, pensando que había ofrecido los pájaros á Rosa y no la llevaba ni uno siquiera.

—¡Qué guapín es!—dije al despedirnos, atusando al mismo tiempo la cabeza al jil-guero, tras del cual se me iban los ojos.

—¿Tienes mucha gana de él?—me dijo Silvano conociéndolo.

-Mucha, -le contesté sin el menor disimulo.

—Pues tómale, hombre: otra cosa me darás tú á mí.

Llegué á casa loco de contento.

Mis hermanas mayores comenzaron á hacer fiestas al pájaro, cosa que no me agradaba del todo, pues temía que, si las gustaba á ellas, iba á encontrar dificultades para dársele á mi prima.

Pero al cabo, cuando con cierta timidez insinué mi deseo de regalar el jilguero á Rosa, nadie se opuso.

Recordaba haber visto colgada en el desván una jaula de mimbres que había

sido habitada en el anterior verano por un tordo. Tenía la forma de una casita rústica. Las mimbres de las paredes eran blancas y las del techo negras. Adornábanla unos salientes á manera de balcones, utilizables para proveer al morador de comida y bebida, los cuales, así como la puerta y las simuladas ventanas, eran de mimbres encarnadas y verdes.

La descolgué, y metí el jilguero en ella.

—Se te va á escapar—me dijo mi hermana mayor:—como es tan diminuto, se va á salir por entre dos mimbres... ó por la puerta, si se la abres y no andas listo para cerrarla... Yo te le aseguraré, deja.

Y diciendo esto, sacó de su almohadilla de costura una gorgota de seda azul, é hizo en un instante una primorosa cadenilla, que ató por un extremo á una pata del pájaro y por otro á una mimbre de la jaula, añadiendo:

—¿Ves?... Ahora, aunque se llegue á salir, ya no se escapa. Llévasele á Rosina, llévasele. No quise más oir, y aprovechando aquella autorización antes que acaso fuera revocada, me puse en camino con la jaula y el pájaro.

-¡Ay, qué monín!-dijo Rosa en cuanto

le vió; y comenzó à acariciarle.

-¿Comerá?-preguntó en seguida.

—Pues claro—la respondí yo, muy satisfecho de que el regalo la hiciera gracia.—¡Si vieras cómo abría la boca el otro día para que la pájara le diera el cebo!

Rosa quiso darle en seguida un poco de bizcocho mojado en agua; pero el pájaro estaba asustado ó malhumorado, y ni á bien ni á mal quiso abrir el pico, ni aun abriéndosele ella quiso engullir el sabroso manjar, sino que, retirándose hacia un rincón de la jaula, encogió el cuello y cerró los ojos.

-¡Pobrecín!-dijo Rosa muy compade-

cida.-Parece que va á hacer testamento...

Quedóse pensativa mirando al pájaro, y un instante después le abrió con resolución la puerta de la jaula, y le espantó para que saliera.

El jilguero quiso volar, pero quedó col-

gado.

Entonces Rosa echó mano rápidamente á unas tijerillas de costura que llevaba en el bolso del delantal, y le cortó la cadenilla de seda, tras de lo cual pudo volar el pájaro, y fué á posarse en uno de los manzanales del huerto.

—¡Tonta!—la dije yo con extraño acento, mezcla de ira, de cariño y de dolor.—

¿Para qué le soltaste?

-Pero, hombre, ¿no me le habías traído

para mí?

—¡Yo lo creo!—dije.—¡Y bien que me espiné por cogerle!—añadí llorando. ¡Y bien de paseos que he dado al soto!...

—Bueno; pues si me le trajiste para mí, yo más quiero dejarle en libertad que tenerle en la jaula. Con que siendo mío, y estando yo contenta con eso, ¿por qué llo-

ras?...

El argumento no tenía vuelta; pero á mí no me dejó satisfecho del todo, y seguí llorando, mientras el jilguero, que continuaba posado en el manzanal, comenzó á encogollarse y á piar con dulzura. Estará llamando á su madre... ¡Es tan hermoso y tan dulce soltar al que está prisionero y dar libertad al que está cautivo!... ¡No te alegraste tú bien aquel día que te encerró tu padre en el cuarto oscuro porque tiraste una piedra á la hija del Cojo y la hiciste un chichón en la frente, no te alegraste bien cuando tu madre, porque yo no la dejaba en paz, te abrió la puerta?

—¡Anda!... ¿Y quieres comparar á un pajarín con una persona?—la dije yo sin dejar de llorar, pero recalcando mucho lo de

la persona, entre dos sollozos.

-No le comparo-repuso mi prima,-Pero hasta los pájaros sienten estar presos... ¡No se lo conocías á éste? ¡No veías lo triste que estaba en la jaula?... Y si fuera una persona, me alegraría mucho más de darla libertad si en mí estaba el dársela... Mira, este invierno leía yo las vidas de los santos á mamá, y me acuerdo que una noche la leí la de San Pedro Nolasco, que no hacía otra cosa más que redimir cautivos en tierra de moros, y fundó una religión sólo para eso, para redimir cautivos. Y una vez había redimido ya muchos, pero le faltaba uno y no tenía más dinero, y por no dejar allá solo á aquel pobre cautivo, le soltó las cadenas, se las puso á sí mismo el santo, y se quedó por él en la

mazmorra. ¡No te gusta mucho?... ¡Ah! Lo que es yo ¡te digo que me da una envidia!... No se lo que haría por soltar á un cautivo de sus cadenas y darle libertad... Si hubiera también un convento de mujeres para ir á redimir cautivos, me metía monja en aquel convento...

VI

Han pasado quince años, y se está repitiendo la misma escena, salvo el desenlace.

La jaula de ahora es de la misma forma que la de entonces, sólo que es más grande: es la casa de mi prima.

El prisionero jay de mí!... el prisionero de hoy es también bastante mayor que aquel pajarillo, pero igualmente cándido.

Quien ha variado por completo es la carcelera, y eso que es personalmente la misma...

La misma, sí; aquella misma Rosa... ¡para que uno se fie!... aquella misma Rosa en otro tiempo tan blanda de corazón que, enternecida y apiadada ponía en libertad al pájaro, es la que hoy tiene preso al hombre.

Aquella misma Rosa á quien parecía tan

dulce y tan hermoso dar libertad á los encarcelados; la que se entusiasmaba hasta lo sublime ante la idea de llegar á redimir un cautivo, tiene hoy en su mano esa facultad y no quiere ejercer de redentora.

Al contrario: se goza en mi cautividad, y me tiene años y años esperando un st, que todos los días parece que va á pronunciar, y que no acaba de pronunciar nunca...

¿Que es voluntario mi cautiverio?... No, no lo creas...—Y al decirme Juan estas palabras, para terminar ya la narración de su infortunio, abría desmesuradamente aquellos ojos habituados á la melancolía:—no, no lo creas, no es voluntario.

Y la prueba es que todos los días salgo de casa de mi prima resuelto á no volver, pero siempre tengo que volver al día siguiente.

Porque Rosa me deja abierta, como al pájaro, la puerta de la jaula, pero no me corta la cadena. LA PRUEBA DE INDICIOS